

las amistades adolescentes

AUN cuando en el seno de una familia reine un clima de confianza y franca afectividad (lo cual, es necesario reconocerlo, no sucede siempre), llega un día en el que las relaciones entre padres e hijos se modifican radicalmente.

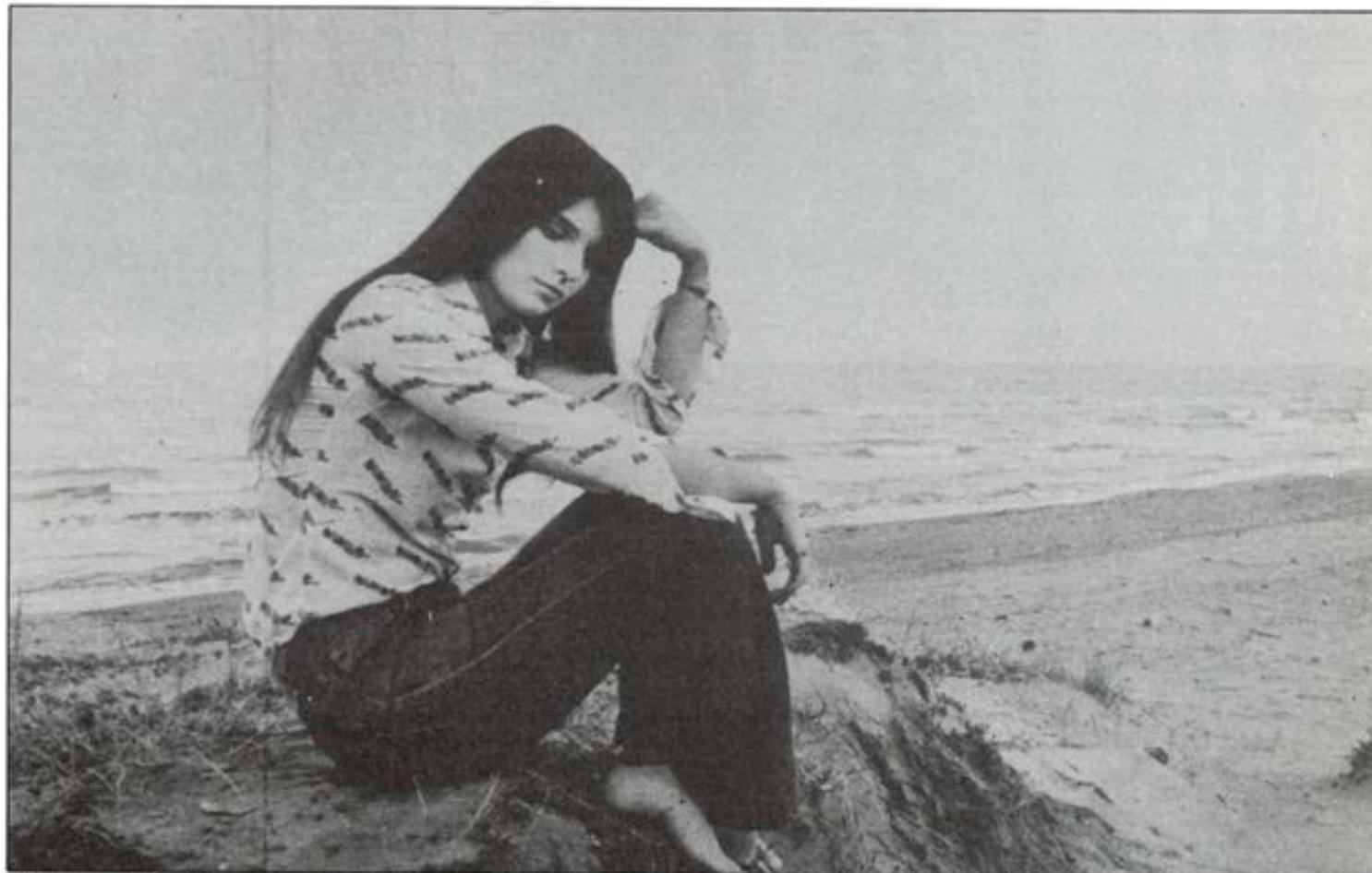
La aparición de nuevos deseos convierte el círculo familiar demasiado estrecho. Impulsado por exigencias biológicas y también psicológicas, el adolescente muestra la necesidad de evadirse, sus afectos infantiles se esfuman para dejar sitio a otros afectos.

Cuando la sensibilidad se inflama y cuando la imaginación se desborda, ¿cómo contarles a los padres las cosas que pasan en el fondo del corazón, cómo hacerles llegar las ideas que os zumban en la cabeza? ¿Cómo confiarles esos temores y esas inquietudes tan vivas pero inalcanza-

bles, esos grandes arrebatos de entusiasmo y desesperación? ¿Cómo confesarles que uno muere de tristeza cuando aún esta mañana se sentía dispuesto a descolgar la luna? Los padres tienen también sus preocupaciones, sus deseos, sus temores. Vuelven su mirada hacia ellos y no

parecen darse cuenta de que algo está cambiando. También ellos han pasado por esto, pero a menudo parecen estar tan ausentes, ¡lo recuerdan tan poco! Pero, a fin de cuentas, son sus padres...

¿Qué hacer, entonces, cuando se les siente demasiado lejanos, dema-



siado adultos, demasiado viejos? ¿Quedar solo, aislarse? ¡La soledad es tan pesada! El vacío momentáneo que crea en él el desapego a sus antiguos objetos queridos empuja al adolescente de manera apremiante a tejer nuevos vínculos, de ahí la intensa búsqueda afectiva tan característica de esta edad.

Las camaraderías del grupo, la amistad apasionada por un joven del mismo sexo, la identificación con un héroe o con una vedette idealizados, la admiración amorosa por un adulto, son otros tantos ensayos para colmar esta necesidad nueva.

AMISTAD CAMARADERIA

LA amistad, apego recíproco entre dos seres, es una manifestación afectiva psicológicamente difícil de separar del amor. En su forma más exclusiva de atracción por un ser elegido, que los adolescentes distinguen habitualmente de la camaradería o de las amistades de grupo precisando: «yo no tengo amigos, no tengo más que compañeros», o usando fórmulas tales como: «verdadero amigo», «mejor amiga», «amiga íntima», la amistad posee con el amor el rasgo común de ser una unión profunda fundada sobre el deseo y la identificación.

Los griegos, de los que ya se sabe qué culto rendían a este sentimiento,



distingúan la amistad, «amor celestial», fundada en la unión de almas e inteligencias, del «amor común», aplicado al vínculo sexual.

La amistad, en cuanto relación privilegiada, es la forma extrema de la necesidad humana de sociabilidad y comunicación. Se establece entre dos personas que se descubren afinidades afectivas, culturales, gustos y preocupaciones comunes.

En el adolescente, la amistad se fundamenta sobre una parte de admiración y de idealización del otro. Otro que es el único capaz de comprender, amar y compartir las propias penas y alegrías. Por ello, la amistad frecuentemente representa una experiencia exultante de comunicación que viene a satisfacer los fantasmas de complementariedad y de fusión.

El «parce que c'était lui, parce que c'était moi», de Montaigne, hablando de La Boétie, resume esta actitud afectiva profunda. Tales amistades apasionadas parece que hoy día, frecuentemente, dejan sitio a afectos más superficiales. Sin duda es necesario ver un afecto de la civilización con-

temporánea, en la que el tiempo de vivir y de sentir se reduce cada día más peligrosamente y el conjunto de las relaciones sociales es cambiante y superficial.

ESPERANDO EL AMOR

AL desarrollarse el deseo sexual, empuja al adolescente hacia el otro sexo, al mismo tiempo que un miedo confuso le retiene. Esta atracción ambivalente, que se combina con cierta hostilidad larvada, a la vez deseo y temor de lo desconocido, le empuja a buscar una confortación cerca de sus semejantes. De donde se deduce la importancia particular que reviste la vida de grupo o la constitución de pandillas entre los adolescentes.

Del mismo modo, un amigo del mismo sexo, que satisface necesidades afectivas profundas suscitando emociones todavía mal analizadas, ofrece una espera tranquilizadora ante aquello que es más o menos



sentido como un afrontamiento peligroso. El amigo parece más próximo, más accesible, menos intimidante. Con él, se descubre la alegría de volverse a encontrar por la mañana a la puerta del Instituto, o por la tarde a la salida del taller; el viaje que se quiere hacer, las vacaciones inesperadas, la invitación al fin de semana, los telefonazos, las cartas, los mensajes; la alegría de ser recibido, de recibir en su casa.

Para dos adolescentes, este vínculo particular que les une no tiene precio, y la amistad amorosa que viven un tiempo más o menos largo, con una intensidad afectiva muy grande, constituye el mejor tiempo de esta época de su vida.

Muchos jóvenes, sin duda, han te-

nido ya amigos. La escuela ha sido para ellos una ocasión de ampliar el campo de experiencias relacionales; el niño ha efectuado allí el aprendizaje de la amistad, de los celos tal vez, en todo caso de la complejidad de los cambios afectivos, de los vínculos y conflictos que suscitan. Pero aun cuando el niño haya vivido apasionadamente estas experiencias, nunca ha comprometido como ahora su personalidad entera, su ansia de ser reconocido y amado. La seguridad del amor de los padres, el bienestar y el abrigo que le procuraban entonces, no hacían necesario un afecto tan intenso fuera del grupo familiar. En adelante, es fuera de su familia donde el adolescente va a buscar satisfacciones afectivas calificadas.

EL DIARIO

Para ciertos adolescentes demasiado tímidos o torpes, la redacción de un diario íntimo hace el oficio de amigo.

Recluida en un aislamiento que le impone la guerra, Ana Frank sufre la soledad: Ella escribe: «Yo no tengo amiga... es la razón de ser de este diario, con el fin de evocar mejor la imagen que me hago de una amiga largamente esperada; no quiero limitarme a simples hechos, como hacen otras, deseo que este diario personifique a la Amiga.» A falta de poder ha-

blarle, Ana Frank escribirá así día a día a esta amiga imaginaria a quien ella llama «Mi querida Kitty». Tanto si sirve de ejecutoria como si puede ayudar al descubrimiento de sí mismo, el diario puede reemplazar completamente una presencia. Especie de frío espejo, no devuelve más que una imagen plana. El amigo, él, como el diamante, refracta la luz y descomponiéndola nos reenvía un reflejo brillante y cambiante de imágenes. Imágenes que se irisan sobre las facetas de la propia personalidad y que iluminan ciertos aspectos desconocidos de él y de uno mismo.



LA IDENTIFICACION CON EL AMIGO

LA amistad adolescente encuentra un alimento propicio en la necesidad de conocerse, de reconocerse, de asegurar su identidad y de afirmarse, que siente todo adolescente.

Cuando un adolescente se une a un amigo del que alaba las cualidades, copia el peinado, los vestidos, la escritura, cuando adquiere algunas de sus costumbres, canta la gloria de sus padres y habla como de un hermano o de una hermana, se identifica con él en el fondo. Identificarse, es decir, volverse semejante al otro por un rasgo singular o por un conjunto de signos comunes.

Freud escribe a este propósito: «La identificación es conocida, en psicoanálisis, por ser la expresión más precoz de un vínculo sentimental con otra persona.» El origen de tal vínculo afectivo habría que buscarlo en las primeras experiencias de relaciones afectivas del ser humano.

La atracción por el amigo puede ser comprendida como la atracción por otro, reconocido (real o imaginariamente) semejante a sí. En un doble movimiento el adolescente se acerca así a alguien a quien reconoce como su semejante, y se esfuerza secundariamente en desarrollar los rasgos comunes de identidad con él. Se constata ahí un aspecto del narcisismo adolescente, en el que se vive otro como sustituto, como prolongación de la imagen de sí.

En definitiva, el amigo se convierte en un objeto afectivo que uno busca simbólicamente para poseer en sí, volviéndose semejante a él.

LA TRANSFIGURACION DE LO COTIDIANO

UNA de las funciones importantes de la amistad adolescente es la posibilidad de soñar juntos. A esta edad, todavía no está uno en situación de realizar grandes cosas, los medios son limitados, pues la dependencia en relación con los padres es grande todavía. Sin embargo, es la edad de elecciones importantes, profesionales, intelectuales, religiosas, de la formación de gustos, artísticos, deportivos, etc.... aun cuando los deseos no desemboquen verdaderamente en la realidad. En esta elaboración, el amigo es quien escucha, quien comparte, el que está asociado al futuro. Está presente en todo lo que vive como más importante, es un doble, un espejo, un interlocutor, un compañero.

La atracción por el amigo puede ser comprendida como la atracción por otro, reconocido (real o imaginariamente) semejante a sí.



El aburrimiento y la desgana que nos llaman la atención frecuentemente en las descripciones de la afectividad adolescente encuentran un remedio en la relación amistosa. Entre dos, uno se siente bien, no se aburre, se agudizan las sensaciones, quedan revalorizados los sucesos diarios: «El amigo... devuelve a nuestra alma tumultuosa los males menos vivos y los placeres más grandes» (Voltaire). La trivialidad, la mediocridad diaria, que pesan mucho, son transfiguradas. La vida se convierte en aventura, descubrimiento del otro, progresión en la intensidad afectiva.

¿Y DE LAS «AMISTADES PARTICULARES»?

SE sabe el éxito que ha tenido una novela de este nombre debida a la pluma de Roger Peyrefitte y cómo este tema se trata con frecuencia en las obras de la adolescencia siendo, quizás, una de las más bellas «La ciudad donde el príncipe es un niño», de Henry de Montherlant. Esta expresión (¿pero toda amistad verdadera no es exclusiva y particular?) sirve a menudo para expresar la inquietud de padres y educadores frente a sentimientos que juzgan demasiado ardientes. Lo que les inquieta, sobre todo, es su

aspecto apasionado y su carácter próximo al amor. Sin atreverse a confesarlo y, a menudo, sin atreverse a confesárselo a sí mismos, algunos temen que allí hay en potencia algún germen de homosexualidad.

Lanzada la palabra vergonzante, merece la pena detenerse. La homosexualidad es, como todo el mundo sabe, una atracción sentimental y sexual por alguien del mismo sexo. Vivida de manera exclusiva por algunos adultos, existe de forma pasajera en algunos adolescentes. Pero es necesario entenderse bien: una sexualidad adolescente que se busca, con sus excesos afectivos y sexuales pudiendo hacer hablar de homosexualidad pasajera, y una sexualidad adulta no pueden confundirse. Una corresponde a una etapa evolutiva, en resumidas cuentas, perfectamente normal; la otra, a ciertas disposiciones afectivas y sexuales particulares. Aun cuando sea exacto que numerosos homosexuales adultos hayan vivido amores adolescentes apasionados, lo primero no anuncia necesariamente lo segundo. Incluso cuando las relaciones de un adolescente con otro adolescente, con un adulto o con un niño del mismo sexo presentan aparentemente todas las características del amor, e incluso cuando, ocasionalmente, se acompañan de satisfacciones corporales, no implican en nada una evolución ulterior

hacia una homosexualidad adulta. Para convencerse basta saber que si las experiencias pasajeras con carácter homosexual vividas en la infancia o en la adolescencia alcanzan alrededor del 40 por 100 de una población, en la misma población las formas que quedan fijadas no sobrepasan del 5 al 10 por 100, y entre estas últimas, no todas son continuación de experiencias adolescentes.

Por lo tanto, es necesario liberar a las amistades adolescentes de la sombría aureola con que siglos de temor y literatura las han adornado abusivamente. La mayor parte no pasan el estadio de un sentimiento vivo y de tiernas efusiones. Y aun cuando dieran lugar a alguna cosa mayor, no hay ninguna razón para ver allí culpabilidad o deshonor. Los movimientos de una emoción impetuosa conducen a veces por caminos insospechados. Sucede que hay amigos que ceden a la exigencia sexual. Cada uno debe saber, entonces, hasta dónde se compromete. Estas amistades, llamadas particulares, encuentran un terreno favorable para desarrollarse en los medios cerrados: internados, colegios, seminarios, allí donde los adolescentes no pueden apenas establecer contactos con jóvenes de otro sexo.

Sin embargo, los juegos o las competiciones masturbatorias de los internados de chicos no se pueden incluir en este capítulo porque, habi-

tualmente, falta todo afecto sentimental entre los participantes.

Digamos, finalmente, que las relaciones de carácter homosexual entre adolescentes, castigadas habitualmente con severidad, representan ya un progreso en la evolución sexual en relación con la masturbación solitaria. Implican una relación de uno con otro, y esto no es despreciable.

Estos criterios particulares no son evidentemente los del adolescente, que comprende mal esta preocupación paterna de provecho, de eficacia en la formación del carácter, mientras que él busca, ante todo, una satisfacción afectiva.

La misma divergencia existe en las concepciones del tiempo empleado útilmente. Los adultos ven sobre todo la importancia de los exámenes, la convergencia de los estudios hacia

el obstáculo a franquear, el diploma a obtener, los meses, los trimestres o los años representan etapas antes de un plazo esencial. Dentro de esta óptica, las innumerables discusiones, las cartas, los diarios íntimos, parecen tiempo perdido para los padres. El amigo ideal sería el amigo con quien se trabaja, que ayuda a trabajar. Para el joven, sin embargo, el compartir las horas de estudio es secundario.

DEL LADO DE LOS PADRES

PARA los padres, para quienes la expresión «querido amigo» es parte de las fórmulas sociales más convencionales, la experiencia de la amistad es diferente: Aprecian de

ella la confianza recíproca, el placer de un intercambio del que conocen los límites. Nada tiene que ver con esa necesidad de exclusividad, esos celos, esas enfados y reconciliaciones que forman con frecuencia la trama de la amistad adolescente.

Por otra parte, la amistad amorosa puede modificar la atmósfera familiar. Con el silencio del adolescente, su creciente reserva —mientras se muestra tan libre y charlatán con el amigo—, los padres comienzan a vivir, con mayor o menor serenidad, los signos precursores de un desapego próximo.

En un momento en el que el adolescente depende todavía enteramente de la familia, en el que su orientación escolar, sus ratos de ocio, su vida diaria, están todavía muy marcados por las esperanzas, las expectativas de los padres por lo que a él se refiere, la amistad apasionada que entrega a un ser de su elección, y que invade toda su existencia, puede conmover la certeza tranquilizante de los padres de mantener «las cosas agarradas». Pueden sentirse afectivamente desposeídos de su hijo, del que no son en lo sucesivo el único recurso.

A algunos les gustaría leer incluso las cartas y diarios íntimos, para estar un poco menos aislados de la vida del adolescente, para guardar algún control de lo que pasa. Control inútil e ilusorio, pues su hijo tiene precisamente necesidad de vivir fuera de ellos sus nuevos afectos.

A veces, el amigo del adolescente sirve de pretexto para comparaciones educativas: «Mi amigo tiene permiso para hacer esto o aquello. Sus padres me han dicho que...» El género de vida de los padres, sus referencias habituales se encuentran al mismo tiempo contestadas, puestas de nuevo en cuestión.

HACER UNA «BUENA» ELECCION

A falta de poder controlar la intensidad de la pasión amistosa o amorosa, algunos padres desearían al menos verla responder a ciertos objetivos: el joven debería elegir un «buen» amigo que tenga una buena influencia en los proyectos y en las elecciones, que «aporte» alguna cosa. Los resultados escolares satisfactorios, la situación social de la familia, un cierto conformismo aparente parecen entonces, consciente o inconscientemente, brazas seguras.

El amigo ideal sería el amigo con quien se trabaja, que ayuda a trabajar





HACIA LA VIDA ADULTA

Si la amistad adolescente hace pensar frecuentemente en el amor, es porque de hecho está mucho más próxima al amor que la amistad adulta. La amistad amorosa prepara para el amor, facilitando su espera con un aprendizaje de relaciones privilegiadas con el otro.

La comparación de sí mismo con el amigo es un medio de conocerse mejor. El intercambio de puntos de vista, un medio de conocer mejor el mundo.

La amistad sincera obliga a salir de sí, libera a Narciso de su contemplación solitaria. El, que decía:

«Los demás no tienen para mí más que un corazón misterioso, los demás sólo son ausencia. ¡Oh bien soberano, cuerpo querido, no te tengo más que a ti! El más bello de los mortales no puede quererse más que a sí mismo.»

(Paul Valéry.)

descubre gracias a ella que en el mundo hay otros objetos de interés, otros objetivos de amor, y otras presencias que descubrir. El amigo, buscado en principio como confidente, es reconocido enseguida como persona. Uno tiene en cuenta su opinión, él tiene en cuenta la tuya. Es a él a quien se le pueden hacer las preguntas delicadas. Cuando él mismo siente alguna necesidad, uno le va a ayudar. Uno toma conciencia de sí y del otro, uno hace la experiencia de una auténtica relación humana.

En este período incierto, donde

El afecto apasionado por un adulto

Al comienzo de la adolescencia, la amistad recae a veces en un compañero de más edad o en un adulto. Tales afectos son frecuentes, aun cuando no sean más que pasajeros.

En la chica más que en el chico tienen un carácter celoso y apasionado que les asemeja extrañamente al amor.

El adulto elegido puede ser un profesor, un vigilante, una monitora, una amiga de la madre; idealizado, se desea obtener su afecto y se desearía asemejarse a él.

Salvo consentimiento, o más, invitación del adulto, estos -capri-

chos- permanecen en el plano sentimental. A veces, incluso, el ser adorado ignora todo acerca de la pasión de la que es objeto.

El adolescente efectúa sobre él una clase de proyección de su yo ideal, sin que esto corresponda forzosamente a una realidad objetiva. El adulto sirve momentáneamente de soporte fijando lo que, hasta allí, era todavía flotante, indeciso.

La personalidad del adulto elegido interesa mucho a los padres, a quien le conceden una gran influencia sobre el porvenir del adolescente. Sin duda, esta personalidad es reveladora de una cierta orientación, de un cierto ideal, pero, ¿es tan sensible el adolescente,

tan vulnerable a su influencia como suponen los padres? ¿Y la elección en sí misma no muestra ya una predeterminación? No es por casualidad por lo que él va a admirar a tal estrella deportiva, tal educador... ¿Y los padres no exageran la importancia de esta pasión en la orientación del adolescente? Por lo demás, a menudo los sentimientos se esfuman poco a poco, cuando no corresponden a las necesidades. La evolución del adolescente lo impulsa a otros afectos, pero que éste haya podido existir en un momento dado constituye para él, en este caso, una etapa esencial, aun cuando la elección no haya presentado todas las garantías que desearían los padres.

uno no se siente ni niño ni completamente adulto, la amistad amorosa es una experiencia privilegiada, fundamental.

Llegará un día en que este sentimiento se transformará. Vendrán otras amistades, otros amores los reemplazarán, llegará a ser un precioso recuerdo. A veces esta misma amistad se transformará para durar la vida entera. No tendrá entonces el ardor de los primeros juegos, pero guardará el incomparable sabor de la afectividad sincera y de la fidelidad.

GERARD P. GUASCH
«L'Ecole des Parents», Avril 75



ACTIVIDADES PARA UNA ESCUELA DE PADRES

Laboratorio 3.03. Casas

La adolescencia es la etapa más crítica para las relaciones entre padres e hijos y, por otra parte, los conflictos generacionales añaden en nuestros tiempos virulencia a los problemas tradicionales. El objetivo de este artículo del doctor Gérard P. Guasch es dar luz sobre uno de los aspectos más importantes del problema, la necesidad de independencia afectiva en el adolescente. Una correcta comprensión por parte de los padres de las necesidades afectivas de sus hijos «teen-agers» facilitaría un poco las cosas.

La escuela de padres debe permanentemente facilitar los medios necesarios para conseguir ese propósito; lo importante es crear el ambiente para que los problemas personales puedan ser expuestos, analizados y afrontados de forma concreta sin tener que acudir a modelos.

La discusión de casos, conforme se presenta en el Laboratorio O de la Escuela de Padres debe ser la técnica de trabajo más ordinaria; pero se supone también la utilización de informaciones teóricas sobre la materia, obtenidas bien a través de explicaciones directas de psicólogos, bien a través de lecturas básicas sobre la materia.

Bibliografía:

JERSILD, A: «Psicología de la adolescencia». Edit. Aguilar, 1968.
GARRISON, K: «Psicología de los adolescentes». Edit. Marfil, 1969.
HARRIS y otros: «Su hijo año a año». Edit. Paidós.